

Delegado Prigione: notas autobiográficas

RENÉ DELGADO

Ya se ha hablado demasiado. No hay por qué seguir alimentando lo que parece una polémica: cuando unos dicen una cosa otros discrepan y no se aporta nada nuevo. Por eso ya basta. Lo que se ha dicho se ha dicho y es más que suficiente.

¿Y qué solución le ve a esto si no se habla? Ya se ha dicho todo. Las mismas preguntas, las mismas respuestas: es la sopa que se recalienta. Por el momento preferiría no hablar de ello.

Con esa excusa, el delegado apostólico Jerónimo Prigione declina opinar, desde el principio de la charla, sobre la relación estado-iglesia. En cambio, acepta con agrado reseñar su peregrinaje diplomático por Guatemala, El Salvador, Nigeria y Ghana, cuando los regímenes militares florecían.

En particular le entusiasma contar cómo logró establecer relaciones diplomáticas entre la santa sede y Nigeria.

Fast track en las relaciones con Nigeria

Jerónimo Prigione relata así aquella historia:

Llegué a Nigeria en 1974 con muchos problemas: la santa sede era mal vista. Los generales la acusaban de haber tomado parte por la gente de Biafra, porque era una zona más católica y rica. Ahí estaba el petróleo, en la zona de los ibos. Yo era un delegado tolerado. Decían que la santa sede había apoyado a la guerrilla y yo expuse: «El delegado apostólico también puede ser útil para unificar al país.»

Un día me fui a visitar al director del periódico más importante en Lagos, la capital. Se trataba de un periódico muy leído en inglés, cuyo director era musulmán. Pensé en regalarle una medalla del Papa. Llegando al diario le dije al director: «Quiero visitar el periódico porque en Roma se conoce la labor beneficiosa que usted hace y el Papa le envía esta medalla.»

El director se quedó trastornado. Empezó a tocar timbres, llamó a todo el personal y comenzó a decir: «¡Miren, miren, el Papa me mandó esto!» Y les enseñó la medalla a todos. Al día siguiente toda la primera plana estaba llena del delegado apostólico. Así se crea imagen.

En aquel entonces el gobierno era militar y logré establecer relación con el comandante de la guardia del presidente, el general Yakubu Gowon. Este comandante, el coronel Garba, era católico y construyó una iglesia dedicada a San José; yo le traje del Vaticano una piedra del sepulcro de San Pedro para simbolizar visiblemente la unidad entre la iglesia universal y la local. Entregué la piedra, bendije la iglesia e hicimos amistad. El presidente Gowon no era católico sino anglicano, pero yo lo trataba bien. Cuando había nombramiento de obispos siempre le mandaba los nombres por carta, dos días antes, para que los conociera de voz autorizada y no de la prensa. En fin, para tomarlo en cuenta. No estaba obligado, él me ignoraba pero yo sólo lo hacía para que supiera lo que estaba haciendo. A los pocos meses de estar ahí, Gowon salió a Addis Abeba a una reunión de la Unión Africana y estalló un golpe en Lagos. Como nuevo presidente quedó Mohammed Murtala, musulmán, y como secretario de relaciones exteriores el coronel Garba. Yo lo llamé a los pocos días y le dije: «Sería bueno que usted arreglara la situación de la santa sede.»

-¿En qué? -respondió Garba. -No sé. Nosotros aquí no tenemos ningún estatus. Es... -¿Qué tengo que hacer? -Mandar una carta, donde el gobierno exprese el deseo de establecer relaciones con la santa sede.

A los cuatro o cinco días mandó la carta pero, antes, el presidente Murtala le había dicho que actuara con libertad. Sólo tenía que informarle lo que hacía. Llegó la carta, la envié a la santa sede y, a los dos meses, ya teníamos relaciones diplomáticas con Nigeria. Cambió totalmente la situación de cuando había llegado, de cuando estábamos totalmente ignorados, despreciados, prácticamente ninguneados.

México, ¿el Waterloo de monseñor Prigione?

El relato del delegado Jerónimo Prigione ocurre luego de que cuenta su gestión en Ghana, El Salvador y Guatemala (1969-74), y da pie a preguntar sobre su desempeño en México.

Hay una cosa de esos países de África: todo se crea de la nada. Los edificios se construyen desde los cimientos. Aquí hay que restaurarlos. Y a veces es más fácil y cuesta menos hacerlos nuevos que restaurarlos. En México el edificio de la vida eclesial tiene más de quinientos años. Hay que restaurarlo. Cuesta más esfuerzo que hacerlo nuevo.

¿Con todo respeto, después de sus logros en África y Centroamérica, ¿México parece el Waterloo del delegado apostólico?

México es otra historia, es otra situación; los problemas maduran. Repito: es más fácil y rápido crear un edificio de la nada que restaurar uno ya existente. No podemos comparar. En México hay más historia, más complicaciones. Por eso hay que tomar la situación de otra manera: con más tino y discreción.

Luego de trece años aquí, ¿su mayor satisfacción no sería establecer relaciones diplomáticas entre México

y la santa sede?

No es fundamental. Más que todo quiero que México progrese, que la iglesia tenga su lugar, que haya diálogo, que se le aprecie para que pueda cumplir con su misión. Más que todo es esto.

Déjeme preguntarle algo con absoluta franqueza: ¿Por qué tiene fama de duro? ¿Por qué de duro?

Algunos obispos y sacerdotes asilo consideran. Recuerdan cuando, en alusión a monseñor Sergio Méndez Arceo, usted se pronunció contra «Quienes cantan desafinado en el coro.»

Bien, bien. Ahí había razones. Hay situaciones muy complicadas, en fin. Yo trato de mantener la unidad del episcopado (mexicano) aun en la variedad, pero que haya unidad. Cuando un obispo actúa totalmente al margen o en contra de la mayoría o de la totalidad, hay que llamarle pan al pan. Desafortunadamente así es. Respetando, desde luego, a las personas. Y no es que con esto se les falte al respeto.

Bartlett en la delegación apostólica

Se le explica al delegado Prigione que la referencia al obispo Sergio Méndez Arceo era sólo un ejemplo, pero que hay otros hechos: el conflicto, por ejemplo, en julio de 1985, producto de la intención del arzobispo de Chihuahua, Adalberto Almeida, para cerrar las iglesias en protesta por las irregularidades habidas en los comicios; los problemas en Morelos... Sin embargo el asunto de Chihuahua hace que monseñor Prigione interrumpa el comentario.

Lo de Chihuahua ha sido una cosa muy manipulada. En el fondo, ¿qué pasó? Fue la presidencia del episcopado quien decidió mandar un enviado a hablar con monseñor Almeida, no fui yo. Esto nunca se ha dicho.

Aquí en la delegación tuve una reunión con los obispos de la presidencia y ellos concluyeron en no mandar ningún documento sino al secretario ejecutivo del episcopado, a Cuéllar (Ricardo), para que le dijera a Almeida ciertas cosas que lo convencieran. Pero Almeida le contestó: «A estas alturas ya es tarde, a menos que el Papa me lo ordene.»

Cuando Cuéllar vino a decírmelo yo me agarré de estas palabras. Consideré que el arzobispo estaba buscando una salida. Fue cuando llamé a la santa sede, conté todo y me respondieron: «Dígale a monseñor Almeida que no puede, que no está permitido por el Código de Derecho Canónico.» La eucaristía no tiene que servir como instrumento de presión política. Hay otras maneras. Eso fue todo.

Esto se lo comuniqué a Almeida. «Está bien» dijo, «obedeceremos pero lo vamos a publicar».

-Usted haga lo que le parezca -le respondí.

Eso fue todo. En el fondo no es que yo me haya impuesto a nadie. Fue la presidencia del episcopado la que intervino. Esto nunca se ha dicho pero es la verdad.

La versión prevaleciente es que usted intervino...

No, no. Bartlett vino aquí, les habló a los obispos de la presidencia y les dijo: «Si el domingo próximo se cierran las iglesias correrá la sangre en Chihuahua. ¿Quién será el responsable? Piénselo bien. Por nuestra parte está desarrollándose, está en curso un proceso de evolución en nuestras relaciones. Nadie tiene derecho de pararlo y entorpecerlo. Yo me voy.»

Y se fue. Dejó a los obispos platicar y buscar soluciones. Se pensó en mandar una carta, en llamar por teléfono, hasta que la mayoría decidió mandar a un enviado nuestro para que le dijera a Almeida algunas razones que nos parecieron válidas. Y se fue el padre Cuéllar.

Yo no recibí de Bartlett ninguna indicación que me dijera: «Hable con la santa sede.» ¡De ninguna manera! Él nos dijo esto en la mesa y se fue. Y nos quedamos solos a platicar. Esta es la verdad histórica y nada más.

No soy como un embajador cualquiera

La plática con monseñor Prigione se desarrolla en una de las salas de la residencia de la delegación apostólica, donde cuelgan los cuadros al óleo de los Papas Pío XI, Pío XII y Pío XIII. Hay además una foto en color, de cuerpo entero, del mismo monseñor Prigione.

Reubicando la plática monseñor, su función es eminentemente política...

De ninguna manera. Es eminentemente eclesial.

No lo digo en sentido terrenal...

Usted sabe, el Código Canónico establece las funciones del representante pontificio. Entre ellas ésta y son palabras textuales: «Defender ante las autoridades estatales, junto con los obispos, todo lo que atañe a la misión de la iglesia y la sede apostólica.»

No, no soy como un embajador cualquiera que defiende intereses de su gobierno o a sus coterráneos. Yo defiendo a los mexicanos, defiendo a la iglesia católica en México. Es todo un enfoque en la acción diplomática de un representante del Papa. Mañana hay un problema de un obispo o un sacerdote con el gobierno, yo intervengo para esclarecer el problema y defenderlo: lo que no hace un embajador. El embajador defiende a sus coterráneos que están aquí, pero no a los mexicanos.

Repito, la función fundamental es defender ante las autoridades del gobierno, junto con los obispos, todo lo que atañe a la misión de la iglesia y de la santa sede. Por eso nunca he dado un paso a solas, siempre es de acuerdo con los obispos de la presidencia del episcopado. Cuando ha habido reuniones aquí, siempre que

hemos platicado, ellos han venido. Finalmente, yo soy el que promueve, el que acerca y facilita los trámites.

Eso no es política. Ahora, si usted llama política a defender a la iglesia: ¡Viva esa política!

¿Y alguna vez tuvo la tentación de la política?

¿En qué sentido?

En cuanto que la política es también el arte de negociar, de evitar el conflicto...

Bien, bien, es nuestro deber. Cuando el Código Canónico dice defender junto con los obispos, ante el gobierno, lo que atañe a la iglesia; defender no significa tomar el fusil, sino dialogar y buscar soluciones.

En México existe un poquito la tendencia de quitarse el saco y pelear. Por eso hace falta alguien que diga: «Calma, calma señores, veamos lo que es posible y razonable.»

La solidaridad parece responder a la definición del Papa

Un tema sobre el cual el delegado apostólico no sólo habla con desenvoltura sino que además le interesa destacar es el de la solidaridad. Trae de su despacho un documento y dice cómo el Papa Juan Pablo II define la solidaridad.

No es un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas y lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno para que todos seamos verdaderamente responsables de todos.

En su opinión, ¿hay consonancia entre ese planteamiento y el del gobierno?

Lo dejo a usted hacer la comparación y sacar la conclusión.

Yo presento lo que la iglesia, lo que el Papa piensa sobre la solidaridad. Usted vea cómo se realiza esto. No me quiero meter a hacer comparaciones.

Bueno, se advierte una coincidencia.

Bien, un esfuerzo. Yo noto que el gobierno, no sé, no conozco el programa completo de Solidaridad, pero en ciertas comunidades el gobierno pone el material y el pueblo el trabajo. Todos trabajan para todos. Y parece que responde a la definición del Papa Juan Pablo II. Me parece.

¿Diría que este momento es el de mayor coincidencia en la historia de México y la santa sede?

Yo creo que sí. En los últimos tiempos ha habido muchas coincidencias en cuanto a la concepción de la vida social, del esfuerzo para mejorar, digamos, la situación de los trabajadores. Algunos podrán discrepar en estas cosas. No es dogma de fe y cada quien tiene sus ideas. Yo, personalmente, veo que hay coincidencias.

Le han tocado tres presidentes de la república, a partir de su experiencia: ¿es en este gobierno cuando más advierte esto?

Sí. Sí creo que ha habido en este gobierno más acercamiento y más coincidencia. Aunque todavía queda mucho camino que recorrer. Un periodista me preguntaba recientemente si pensaba que en México hay democracia y le respondí: «La democracia absoluta no existe, es un ideal. Cada nación se esfuerza por acercarse a ese ideal y México está esforzándose por acercarse a él. Y nada más.»

Si los *partners* tienen claridad, no hay chisme que valga

En la sala de la residencia del delegado, un reloj con la foto de Juan Pablo II al centro de las manecillas marca las siete de la noche. Marca esa hora que, como cualquier otra dice la leyenda inscrita en el reloj: «Es hora de evangelizar.»

Monseñor, ¿no teme que se pierda la oportunidad de establecer relaciones con la santa sede?

No lo creo, ¿por qué?

Se ha hablado demasiado del asunto y con poca seriedad.

No lo sé. Se crean muchos malosentendidos. Lo importante es que los *partners* conozcan la verdad; lo demás son chismes. Lo importante es que los *partners* no se dejen influir por los chismes y la prensa. Cuando las dos partes conocen su posición saben lo que se han dicho y ven lo que es factible; que se diga lo que se dice.

¿Y hay claridad?

Creo que sí hay claridad.

¿Espera resultados en este sexenio?

Yo espero que sí, tengo la ilusión.

Ninguna gana de dejar México

Oiga, y después de trece años, ¿cuál es el balance de su estancia en México?

Positivo, positivo. La iglesia ha crecido, ha evolucionado. México ha mejorado, camina hacia nuevos horizontes. El diálogo entre la iglesia-estado ha mejorado. Adonde voy veo que hay relaciones. Vienen los gobernadores, los presidentes municipales a saludarme. Hay diálogo en todo nivel: en nivel federal con el delegado, con el arzobispo de México; en nivel de diócesis con el obispo, con el gobernador; en nivel de parroquias con el párroco, con los presidentes municipales. Es bueno este diálogo.

Y ¿hasta cuándo lo tendremos por acá?

Mire, yo estoy muy a gusto. Me han ofrecido varios puestos y siempre he dicho: Muchas gracias, prefiero quedarme en México.

A México lo conozco, no es un país fácil. Uno se encariña o se va, no hay caminos medianos. Yo he tratado de identificarme con México, con su historia, con su idiosincracia, con sus problemas, con el surrealismo que dicen algunos.

Estoy muy a gusto en México, por eso no tengo ninguna gana de dejarlo.